



ANTONIO A. GÓMEZ YEBRA

**ANIMACIÓN
A LA LECTURA
Y LITERATURA
JUVENIL**

RENACIMIENTO • LOS CUATRO VIENTOS

Antonio A. Gómez Yebra

*ANIMACIÓN A LA LECTURA
Y LITERATURA JUVENIL*

SEVILLA



AÑO 2016

LOS CUATRO VIENTOS

RENACIMIENTO

INTRODUCCIÓN

ESTE es un libro plural, fruto de experiencias lectoras y de conferencias impartidas en diversas partes del mundo, casi siempre ante estudiantes de Magisterio y de Filología Hispánica; en otras ocasiones, para alumnos de Máster, pero también ante profesores que piden experiencias más que teorías. Es un libro en el que hablo de lo visto y lo leído, de lo pensado y lo realizado. De lo vivido, en suma, durante muchos años de dedicación a las aulas y a los enseñantes o futuros enseñantes que necesitan conocer experiencias de primera mano más que brillantes teorías para animar a leer a los más jóvenes hoy. De animación a la lectura y de lecturas.

Pero también es un libro en el que se pretenden dar pistas de aterrizaje, aproximaciones diversas al hecho lector dirigido a los más jóvenes. En fin, como decía Jorge Guillen, lo que intento con él es un honesto servicio a la comunidad educativa.

Decía Buffon que el estilo es el hombre, con lo que pretendía indicar que bien poco se puede hacer para enseñar a alguien a escribir, cuando no lo lleva dentro.

Con el animador ocurre con lo que el estilo, o con lo que la máxima popular ha diseñado para definir las cualidades pedagógicas de cada profesor: «cada maestrillo tiene su librillo».

Para bien poco sirve que se propongan las características del animador si este no se pone a la faena.

No se había inventado la expresión *animación a la lectura*, y los niños leían, aunque apenas hubiera libros apropiados para ellos; y los adultos leían aunque no dispusieran de dinero o de tiempo para leer.

La cuestión fundamental no consiste en definir qué es un animador, y cuáles son sus características, sino por qué es necesaria, o no, su figura.

Pero empecemos por el principio: el animador es un lector que desea crear lectores. En la animación lectora ocurre como en tantos aspectos de la vida: quien está absolutamente convencido de la bondad de alguna persona o una cosa, no hace más que hablar de ella. El enamorado, por ejemplo, tiene continuamente en la boca las cualidades de la persona amada, y se las ingenia para estar a su lado el mayor tiempo posible.

Así pues, el animador ha de ser un enamorado de la lectura, alguien que no deja de leer y de encontrar momentos para hablar de la lectura, y de sus lecturas, a quienes están en su entorno familiar o social.

No existe mejor sistema, no existe mejor fórmula, mejor técnica, mejor librillo de animación a la lectura que el interno convencimiento de la bondad de la lectura. El mejor curso, cursillo, o jornadas intensivas de animación lectora es el que se ha ido llevando a cabo durante toda la vida, especialmente durante la infancia y la adolescencia, en contacto con los libros. Y, a ser posible, con una persona que le ponga al alcance de la mano un listado de lecturas.

En cierto sentido, esa persona que sugiere determinadas lecturas podría ser el primer, incluso el mejor animador posible. El buen se-leccionador de esa guía de lecturas conseguiría que el chico menos animado a leer se rindiera a la lectura convirtiéndose de inmediato en otro lector-contagiador.

Claro que todos sabemos que la mera relación de libros que un chico o grupo de ellos puede leer no resulta tan interesante como la lista de los futbolistas de la selección española, el elenco artístico de determinada serie televisiva centrada en situaciones escolares o familiares, los *pokémon* de turno, o los integrantes de una casa de líos con pequeños o grandes hermanos por medio.

Semejante relación estaría condenada al baúl de los olvidos, o a convertirse en objeto de odio, en avión, o en arrojadiza bola de papel contra quien la haya sugerido o propuesto.

Cierto que, planteada desde otro punto de vista, hecha por ellos mismos, podría convertirse en una actividad más de animación: «selección española (de textos)» contra «combinado (de textos) internacional». Y aquí aparece ya la primera posible actividad: repartir un amplio conjunto de textos escritos por autores españoles entre un grupo de chicos seleccionadores; y otro amplio conjunto de textos escritos por autores extranjeros entre otro grupo de chicos seleccionadores.

La actividad tendría una duración de un año, y consistiría en seleccionar, en un listado de X número de libros (50, por ejemplo), 22 de escritores de habla española (o de cualquier lengua vernácula) y de otro listado de semejante número de libros (50) escritos originalmente en distintos idiomas, otros 22.

Cada grupo seleccionador dará una puntuación determinada a cada libro seleccionado. Esa puntuación quedará en sobre cerrado, que pasará al animador. Cada libro habrá de ser puntuado por, al

menos, 5 chicos, quienes tomarán como referencias determinados parámetros previamente establecidos entre todos. (Personajes, trama, acción, humor, misterio, lenguaje, etc.).

Efectuadas las distintas selecciones (de 22 libros), el conjunto de los libros, ordenado alfabéticamente por autores, se pasará al otro grupo seleccionador, que puntuará, haciéndolo también en sobre cerrado, cada uno de los libros seleccionados por el equipo previo.

El cómputo de los puntos otorgados a cada libro será lo que proporcione la victoria al combinado nacional o al extranjero. El libro que obtenga más puntos será considerado «el mejor libro», o «el más importante del encuentro», etc. El papel del animador no es otro que el de árbitro, tal y como le conviene a este tipo de actividad que puede dar lugar a muchas otras. Tanto con el libro que obtenga mayor puntuación global como al que la obtenga en cada selección.

Si en algunos casos, pues, la labor del animador no va más allá de proporcionar un listado de lecturas apropiadas a cada edad y condición, en otros casos su función será, como en la anterior, de árbitro.

Cierto que, ya he dicho en otra ocasión que «quienes no sienten ninguna necesidad de pasar sus ojos por las abigarradas líneas de cualquier tipo de obra literaria, tampoco estarán dispuestos a seguir indicaciones de sus animadores»¹. Ante tal tipo de chicos el animador bien poco puede hacer. Aunque siempre le quede la posibilidad de intentar otras actividades.

¹A. A. Gómez Yebra, «Literatura juvenil: estado de la cuestión», en *La aventura de leer y escribir. Actas de las Jornadas sobre las lecturas*, Málaga, Junta de Andalucía, 1999, pág. 29.

La trampa en la que, de ninguna manera puede caer el animador es la de obligar al chico a leer. Leer por leer, leer porque es una actividad impuesta por las Asociaciones de Padres, por el ideario del colegio, o por cualquier otro motivo semejante, es absolutamente contraproducente. Y espanta de un modo definitivo al chico de la lectura haciéndole aborrecer los libros.

Leer por prescripción facultativa, esto es, la que faculta al profesor para imponerla, puede convertirse en una pena a nivel de purgatorio cuando no de infierno. Pero es evidente que en la expresión «puede» se esconde la trampa: no siempre, por fortuna, ocurre así. En no pocas ocasiones la lectura que se prescribe desde el poder profesoral consigue cotas de aceptación más que notables, e incluso notorios éxitos, llegando a convertir en lector permanente a más de un chico que huía de los libros de lectura como de la peste.

Tales milagros se deben, entre otros, a los siguientes factores, que ya he apuntado implícitamente más arriba: 1) el profesor es un lector ejemplar; 2) el profesor es un buen seleccionador de textos; 3) el profesor es un gran animador a la lectura.

En los tres casos, la base del éxito no es otra que la actitud del animador ante el hecho lector. Un animador que casi siempre es el profesor de Lengua y Literatura, aunque no tenga la obligación de serlo, ya que puede ejercer como tal un bibliotecario.

Las encuestas confirman el primer supuesto, ya que «la relación entre el nivel lector del profesor y la cantidad de libros obligatorios es directamente proporcional: cuanto más lee el educador, más libros obliga a leer»².

²Adolfo Torrecilla, «Leer en la edad del pavo», Madrid, *Alacena*, n.º 28, primavera-verano, 1997, pág. 34.

El segundo supuesto no es menos importante. El educador no puede limitarse a las lecturas que como adulto, o como niño o adolescente que fue le llamaron la atención en determinados momentos de su vida. El éxito de la selección de libros, de la cual surgirán prescripciones y/o actividades diversas se basa en que el animador haya leído la mayor cantidad posible de libros ofertados por las editoriales para determinada franja lectora.

No es fácil, desde luego, ya que hoy son muchas las editoriales y demasiados los libros. Pero tal labor puede simplificarse acudiendo a los catálogos que las mismas editoriales ofrecen y, desde luego, a las selecciones que las revistas especializadas proporcionan en determinados números. Algunas, incluso, concediendo puntuación a los libros según criterios bastante válidos.

Nadie mejor, por supuesto, que el profesor, para conocer cuáles son los intereses, las necesidades, el vocabulario, las características sociales, el nivel cultural medio de sus alumnos; y nadie, por tanto, mejor que él para distinguir cuáles son los libros más apropiados para sus alumnos. Porque el éxito de la adecuación del binomio libro-lector no reside en que tal o cual editorial esté reeditando una obra que ha vendido cientos de miles de ejemplares en todo el globo, sino que sea la más idónea para el grupo de chicos de ese microcosmos que es el aula de la clase X (o de la biblioteca Y) en el lugar Z.

Y, desde luego, no poca parte del éxito de la prescripción se debe al talante animador, a la profesionalidad animadora del educador, a sus propuestas y sus pistas para el aterrizaje en la obra o las obras elegidas.

Importa que el animador haya llevado a cabo una excelente selección de textos, pero no importa menos que sepa motivar a sus educandos en la lectura de las obras elegidas, destacando sus cua

lidades desde todos los puntos de vista: su actualidad temática, su acción, su humor, el misterio, su lenguaje, sus apreciaciones filosóficas o psicológicas sobre los personajes, y mil aspectos más.

El buen animador es, en principio, el que sabe *vender el producto*. El buen animador será incluso capaz de motivar convenientemente a sus desanimados alumnos a leer el *Quijote*, obra escasamente indicada para que nuestros más jóvenes lectores se aficionen a la literatura en el momento actual.

El buen animador es quien debe proponer, entre los centenares de libros que inundan hoy el mercado, aquellos de posible lectura para sus alumnos, haciendo hincapié en las características particulares de cada obra, de modo que los lectores puedan escoger aquellos que más en consonancia estén con sus planteamientos vitales, sus necesidades o sus emociones. El buen animador puede, desde luego, sugerir un único libro para que todos los chicos lleven a cabo actividades comunes.

Por otra parte, el mejor animador podría ser el propio autor de un libro, y esto por razones inherentes a la obra, cuanto por razones externas.

El autor es quien mejor conoce su obra, y, si sabe abordarla con cierta perspectiva, sería capaz de sacarle mayor provecho. Por otra parte, en la sociedad en que nos movemos, las caras y nombres de más o menos fama -el escritor tiene la etiqueta de persona de importancia ante los niños- atraen más que sus obras, lo que es un acicate -aunque extraliterario- para que los chicos lean.

Claro que el autor debería ser capaz de «rebajarse» al nivel de los chicos, estar disponible, y saber responder a sus interrogantes, que muchas veces son vitales, no meras cuestiones sobre cuándo nació o cuál es el número de sus hijos.

PERFIL DEL LECTOR

LEER es convertir una historia ajena en algo propio. El acto de leer suele ser voluntario y solitario, y puede considerarse como una especie de viaje desde el más acá hasta el más allá; de la prosaica realidad cotidiana a la realidad fingida, siempre mucho más atractiva que la realidad real.

El lector es quien se pone a caminar sin otros zapatos que sus propios ojos, y sin tomar otro camino que las líneas de un libro.

Para empezar a leer no hace falta, en principio, más que haber aprendido a distinguir unas letras de otras; pero para convertirse en lector es necesario un acto de la voluntad, un proceso inteligente, y un libro atractivo.

Muchos adultos, que aprendieron a leer durante los primeros años de su vida, se han convertido en verdaderos analfabetos prácticos, al no hacer uso de la lectura desde que abandonaron el centro de primeros estudios, o incluso de estudios universitarios. Hay demasiados analfabetos prácticos en nuestro país: los que no hacen uso de la lectura en ningún momento del día; quienes ni siquiera leen las páginas de un diario deportivo, o los folletos de propaganda de los centros comerciales.

El acto de leer es un acto de la voluntad. Y en nuestro país hay poca voluntad lectora. Está comprobado que millares de libros (entre ellos, el premio Planeta) ocupan estanterías en muchos hogares sin haber sido abiertos jamás. Llegan en Navidad, en el día del Libro, en un cumpleaños, y se llenan de polvo durante años sin que nadie haya echado una ojeada a sus páginas. Se publica mucho, se vende bastante, se lee poco. Se venden los libros premiados, especialmente si se consigue la firma del autor; los libros de gente conocida (porque

sale en televisión o en la prensa del corazón); y determinados *best-sellers* que llevan el signo del éxito grabado en la portada.

En cuanto a los chicos, es evidente que sus ganas de leer son cada día menores, atacados como están desde todos los ángulos por enemigos antiguos y nuevos.

De los antiguos, la inadecuación de los libros a sus intereses; de los nuevos, los juegos de ordenador (*Play Station* y similares), las series televisivas, la multitud de actividades que la educación conlleva, y que retrató Ramón García Domínguez en *Renata toca el piano, estudia inglés y etcétera, etcétera, etcétera*, Premio «Ala Delta» en 1993.

El buen lector infantil es el que no necesita ser animado a leer: el chico que tiene sus propios libros, el que sabe hacer uso de la biblioteca escolar y la pública, el que encuentra un momento al día para leer, y que es capaz de sustraerse a otras actividades acaso más llamativas y que proporcionan un placer más inmediato y con menos esfuerzo que el de la lectura.

Hay chicos a quienes no hace falta invitar a leer, y son capaces de leer 90 libros en un trimestre, y otros que, por mucho que se les insista, nadie puede animarlos a leer un pequeño cuento, un poema, un trozo de página de prensa.

El buen lector no necesita ningún tipo de actividad de animación lectora, aunque es el primero y el más entusiasmado a la hora de llevarlas a cabo. El mal lector va a remolque de los demás, a regañadientes, a duras penas, incluso considerando que se están vulnerando sus derechos, ya que se considera obligado a actuar contra su voluntad, y, por lo tanto está siendo violentado en su libertad.

La actividad de animación lectora va dirigida especialmente al lector menos animado, al que protesta porque se le invita a traspasar

los límites de la realidad, algo a lo que, por pereza o por falta de estímulo, no está dispuesto.

De ahí que la función del animador sea, más que nada, una función psicológica, que dije antes: debe vender el producto intentando convencer a los lectores menos animados a la lectura. Y su relación con el chico lector sea la del consejero, la del amigo, la de quien pone en sus manos algo bueno y bello.

DEL PRE-TEXTO AL TEXTO

EL texto, afirma Julián Moreiro, «es una unidad comunicativa compleja, formulada para que sea recibida por un interlocutor. Posee sentido completo, responde a un propósito comunicativo por parte de quien lo emite, y tiene plena coherencia»³.

La diferencia entre el texto y la oración consiste en que emite informaciones que van más allá del mero plano lingüístico. El texto transmite mensajes múltiples que no residen solo en las palabras: es una unidad compleja.

Texto podemos, pues, considerar, en principio, una oración compuesta y *La Regenta*, pues tanto aquella como esta son unidades complejas que proporcionan informaciones a un receptor.

Una oración simple puede, sin embargo, a veces, ser considerada como texto, especialmente cuando configura las greguerías más sencillas de Gómez de la Serna y algunos apólogos, aforismos, o refranes. Parientes próximos de las greguerías ramonianas son mis escorzos, de los cuales extracto algunos de los más breves:

³Julián Moreiro, *El equipaje del lector. Introducción a la lectura de textos literarios*, Madrid, Mondadori, col. Montena Aula n.º 17, pág. 16.

«Las cebollas picantes producen cataratas».
«Ni deudas ni deudos».
«Aquella rusa tenía la risa de raso rosa».
«El peor enemigo del hombre es el hambre».
«La mayoría de los gansos son muy parlamentarios».
«La Historia se repite como una albóndiga».
«La soledad es el puñal de las sienes».
«Del perro de tu cuñado ten cuidado».
«Ramona es bona si la bolsa sona».
«Como un naranjo en flor: amor adolescente».

En general consideraremos texto a toda unidad compleja de comunicación con pleno sentido y con coherencia. Esto significa que de alguna manera cada una de las frases, palabras, párrafos, y otros elementos de comunicación -como los paréntesis, las interrogaciones, las metáforas, los juegos de palabras, los apartes, etc.) están relacionados entre sí.

De esta forma un texto puede ser un poema, un capítulo de una novela, un relato, una leyenda, un acto de una obra de teatro, el libreto de una ópera o una zarzuela, pero también un chiste, una reseña de un libro, una información de algún acontecimiento -deportivo, político, social, histórico, de sucesos, etc.

No serían considerables como textos un menú, una carta de vinos, un listado de libros, de políticos, o de deportistas, un diccionario -aunque sí lo puede ser una entrada-, y en general cualquier relación de elementos.

Cierto que, como en todo, caben excepciones. Por ejemplo, el índice de mi libro *Travesuras poéticas*, que reza así:

«Las cebollas picantes producen cataratas».
«Ni deudas ni deudos».
«Aquella rusa tenía la risa de raso rosa».
«El peor enemigo del hombre es el hambre».
«La mayoría de los gansos son muy parlamentarios».
«La Historia se repite como una albóndiga».
«La soledad es el puñal de las sienas».
«Del perro de tu cuñado ten cuidado».
«Ramona es bona si la bolsa sona».
«Como un naranjo en flor: amor adolescente».

En general consideraremos texto a toda unidad compleja de comunicación con pleno sentido y con coherencia. Esto significa que de alguna manera cada una de las frases, palabras, párrafos, y otros elementos de comunicación -como los paréntesis, las interrogaciones, las metáforas, los juegos de palabras, los apartes, etc.) están relacionados entre sí.

De esta forma un texto puede ser un poema, un capítulo de una novela, un relato, una leyenda, un acto de una obra de teatro, el libreto de una ópera o una zarzuela, pero también un chiste, una reseña de un libro, una información de algún acontecimiento -deportivo, político, social, histórico, de sucesos, etc.

No serían considerables como textos un menú, una carta de vinos, un listado de libros, de políticos, o de deportistas, un diccionario -aunque sí lo puede ser una entrada-, y en general cualquier relación de elementos.

Cierto que, como en todo, caben excepciones. Por ejemplo, el índice de mi libro *Travesuras poéticas*, que reza así:

«Niño, mi niño,	
no te hagas viejo	15
sigue haciendo travesuras,	
sigue rompiendo floreros	29
destrózate los zapatos,	
arrástrate por el suelo.....	41
llena tus ropas de barro,	
garabatea los testers	53
manos, cara y pelo sucios	
ven que yo te cuente un cuento» .	67

Claro que no puede existir ninguna duda sobre la intención de tal índice: es un poema que muchos padres y profesores considerarán subversivo. Lo que pretende es que el niño no deje de comportarse como tal, que disfrute su edad dorada. Aunque para ello sus padres y profesores tengamos que utilizar pintura de plástico para las paredes y darles una pasada de vez en cuando. Quién sabe si de esa actividad de libre expresión no sale algún nuevo Picasso, algún campeón de gimnasia o algún escritor de postín.

Este libro reúne un conjunto de textos sobre Animación a la Lectura, y algún otro sobre los últimos hallazgos de la Literatura Juvenil. Es fruto de la reflexión sobre unos asuntos que ocupan y preocupan a no pocos docentes, bibliotecarios, estudiosos y padres en general. Y lo es también como respuesta a diversas peticiones de amigos en distintas universidades de España y otros lugares del ancho mundo, donde he expuesto lo aquí planteado, ante grupos de profesores y alumnos de Filología, o de Educación. También, desde luego, en no pocos Centros de Profesores.

A veces los planteamientos son muy personales, y la ejemplificación se basa en ocasiones en textos propios. Pero así se me pidieron en más de una ocasión, lo que considero un orgullo y una satisfacción como autor de poemas, adivinanzas, y escorzos.

El dedo didáctico sobresale a veces sobre el crítico, pero hay un poco de todo, como en las buenas mesas, para todos los paladares. A. A. G. Y.



www.editorialrenacimiento.com
LOS CUATRO VIENTOS